

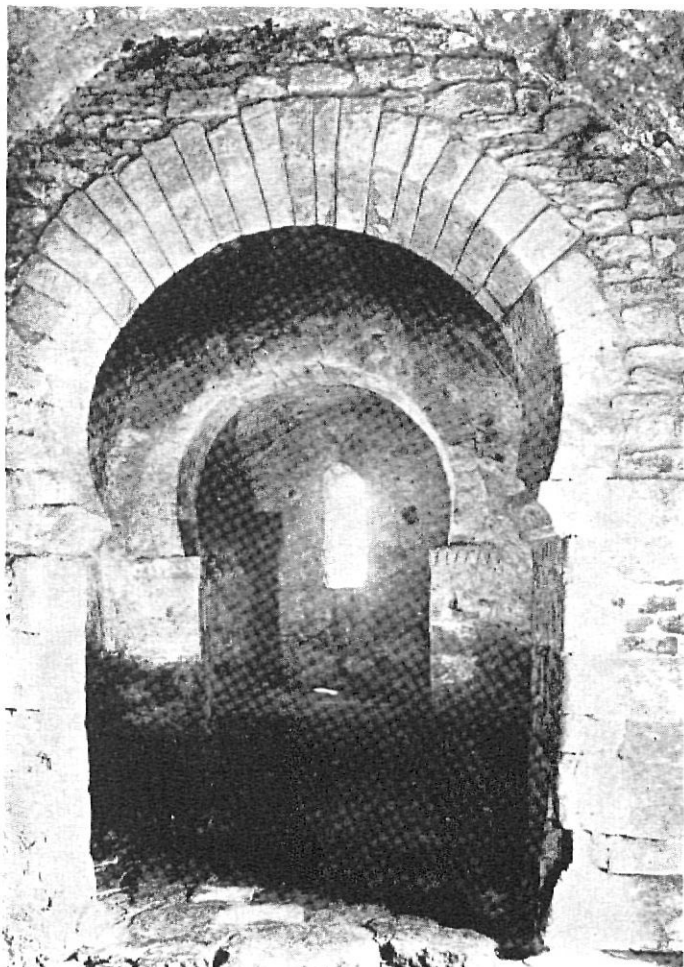
# Significación de la arquitectura prerrománica

El nombre de arte **prerrománico** deriva genéricamente del concepto según el cual se definen las diversas expresiones artísticas que se expandieron en Europa desde las últimas manifestaciones del arte romano y del primer arte cristiano hasta el románico. Cinco siglos poco más o menos —desde el siglo VI hasta el siglo X— de preparación, si se quiere, de afluencia de las más variadas corrientes culturales del próximo y aún del lejano oriente que, junto a los sustratos locales, no presentan una formulación definitiva ni unitaria. El arte y la cultura occidentales de este período conforman un extensísimo mosaico, de elementos de las civilizaciones orientales —griega, siríaca, egipcia, sasánida, bizantina, etc.— cuya propagación fue debida en *gran parte* a los árabes.

A principios del siglo XI y a lo largo del siguiente, gracias al impulso de los monjes benedictinos fue configurándose paulatinamente la unidad cultural de Occidente bajo un denominador común: El arte románico. Antes tuvo que pasar, sin embargo, un tiempo en el que el arte ofrece unas trazas marcadamente diferentes en cada uno de los bloques de pueblos que rompieron la unidad del Imperio Romano.

En la vecina Francia, a donde el monacato llega en el siglo IV con San Martín de Tours (316-397) la arquitectura de tradición paleocristiana de los merovingios primero, y la carolingia después, representa las dos corrientes **prerrománicas**. Carlomagno, coronado emperador en Roma (800), renovó en la Capilla Palatina de Aquisgrán una suerte de monumentalidad clásica en el intento de restablecer el Imperio Romano, al igual que años después hicieran los otones en Alemania. En Inglaterra e Irlanda, la arquitectura de este período no tuvo excesiva importancia; sí, en cambio, las artes bidimensionales, en especial la miniatura y la orfebrería que alcanzaron una riqueza y decorativismo extraordinarios.

Después de declinar la dominación bizantina en Italia, Roma, el centro con más vitalidad por su situación de zona franca y por la presencia de la Iglesia que constantemente favorecía la actividad artística, mantuvo una cierta ocupación constructiva, y aún limitada a la remodelación de templos ya existentes. Con razón Zevi afirma que sería absolutamente legítimo saltar del bizantinismo al románico, ignorando los siglos del VIII al X. Uno de los primeros ejemplos que en la península itálica da idea clara de una renovación arquitectónica es la iglesia de San Prieto de Tuscania, levantada por los maestros **comacini** sobre una edificación ya existente. Estos arquitectos y escultores lombardos, organizados en pequeños grupos, llevaban una vida nómada; viajaban de un lugar a otro construyendo templos, hemos de creer con el concurso en ocasiones de la población autóctona. Maes-



*Iglesia de San Julián de Boda.*

tros **comacini** fueron los que en el siglo XI introdujeron en Cataluña sus soluciones constructivas, fundamentadas en análisis empíricos y orientadas a obtener la máxima funcionalidad con el mínimo costo. En el área catalana y su marco de influencia la arquitectura entró en la etapa románica cuando los constructores lombardos con nuevos hallazgos de cubiertas y sistemas de contrarresto de pesos y fuerzas.

Conscientes de los breves y esquemáticos trazos señalados en torno al panorama de la arquitectura prerrománica europea, en todo momento nos salta la idea, creemos legítima, de afirmar que en sus diversas corrientes visigoda, asturiana y mozárabe, fueron pocas las innovaciones surgidas respecto de los principios ya formulados en la edificación paleocristiana y bizantina, ello sin menoscabar su protagonismo en la época en que se desarrolló. No es posible aquí sintetizar la problemática de algunas de las novedades tales como la presencia del deambulatorio o girola —presente ya en algunas de las más antiguas basílicas (Toesca)— que une las

naves laterales del templo por la parte del ábside y que transforma al edificio en un conjunto articulado, mucho más complejo que la visión unitaria que ofrece un templo de cabecera plana —San Pedro de Roda (1022) es el primer ejemplo en Cataluña y en España—.

Por otra parte, el progresivo engrosamiento de los muros destruye la ligereza que poseía un templo paleocristiano o la esbeltez propia de uno bizantino y, a su vez, acentúa la relación entre los elementos sustentantes y sustentados, entre los pilares y contrafuertes y las bóvedas.

Una de las dificultades más graves con las que se enfrenta la historiografía artística es, sin duda, la escasa documentación que se conserva, junto a la desaparición total o parcial de una notable cantidad de obras de este período. Debieron ser numerosos los edificios que se levantaron en Cataluña entre los siglos IX y X, a pesar de la situación políticoeconómica de los primeros tiempos del período condal. Las primeras fundaciones de acuerdo con la regla de San Benito fueron los monasterios de Bañolas y Amer, ambos anteriores al año 835. Incendiado el de Bañolas, fue reedificado casi completamente en 957.

El arte prerrománico en España adquiere unas características particulares; la presencia musulmana desde el siglo VIII y el desarrollo que ésta imprimió a la cultura hispano-visigoda, con la aportación de elementos de las civilizaciones de la cuenca oriental del Mediterráneo, supuso un extraordinario enriquecimiento en todos los órdenes. Como ha puesto de relieve Ainaud de Lasarte «la fusión entre tradiciones hispano-visigodas y árabes se hace patente no sólo en las miniaturas de manuscritos, sino en los elementos arquitectónicos —capiteles, ventanas con arcos de herradura— y en la orfebrería». Quizá donde se dejó sentir menos la civilización árabe fue en el arte asturiano, el más desligado desde los momentos en que se inició la reconquista y, al parecer, más en contacto con otros focos artísticos.

Los mozárabes, comunidad de cristianos que vivía en territorio dominado por los musulmanes, fueron quienes en su desplazamiento hacia las tierras del centro y norte de la península, jugaron el principal papel en la difusión de la cultura árabe y lo que ésta comportaba de las civilizaciones clásica y oriental. Las ciudades de Toledo y León, el monasterio de San Millán de la Cogolla y los principales centros catalanes (Barcelona, Vic, Cuixà, Ripoll, Gerona) se convirtieron durante los siglos X y XI en los focos artísticos más importantes. Los mozárabes nos han legado edificios que inauguran el primer capítulo de la arquitectura cristiana de influencia musulmana y visigoda —en algunos aspectos directamente: columnas aprovechadas,

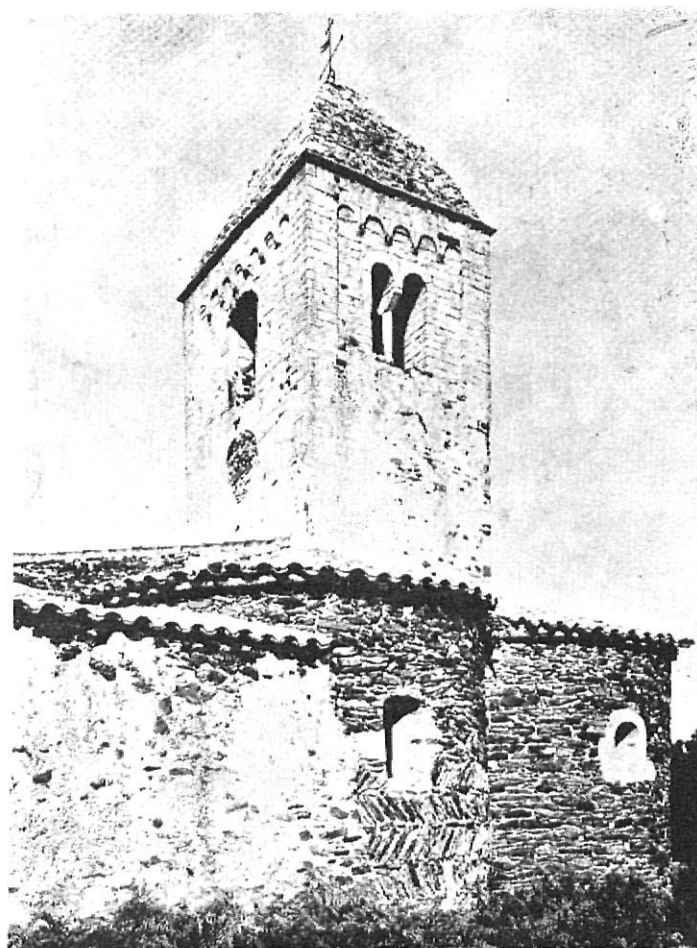
arcos de herradura—, construcciones que han tenido continuidad hasta casi nuestros días en la versión mudéjar. En contadas ocasiones ha podido hallarse como en la arquitectura mozárabe tan gran unidad a pesar de las múltiples soluciones empleadas, ya sea en modelos de planta, en la diversidad de elementos sustentantes, en las cubiertas o en los materiales.

Una rápida ojeada al elenco de iglesias prerrománicas de Gerona, nos indica que la mayor parte de ellas se encuentran en las comarcas ampurdanesas, en algunos casos perdidas u ocultas en el interior de añadidos de época románica y aún de tiempos posteriores. A través de lo conservado, parece ser que además de Seu de Urgell (839), Ripoll (888 y sucesivas ampliaciones del siglo X), San Pedro de Roda (944), Montserrat (957), San Benet de Bages (972), Cuixà (974) y las iglesias de Tarrasa, la llamada Porta Ferrada del monasterio de San Feliu de Guíxols —si lo que hoy contemplamos es la mínima muestra de un edificio desaparecido— fue una de las construcciones más monumentales de nuestra arquitectura prerrománica.

La fundación de San Pedro de Roda y de otros destacados cenobios catalanes, coincide con la unificación monástica iniciada en Cuixà bajo el abad Guari. Su importancia radica en la iglesia, consagrada en 1022, por cuanto en ella se ensayaron experiencias constructivas que, aún cuando carecieron de continuidad ante la general aceptación del patrón lombardo, no dejaron de ser una aportación considerable y de gran originalidad según queda dicho más arriba.

De los veintiséis ejemplos de restos de edificios prerrománicos gerundenses que Oliva Prat publicó, detengámonos sólo en los Boada, Canapost y Belcaire, cuyas características dominantes engloban a los demás. San Julián de Boada constituye el prototipo de iglesia sencilla, carente de ornamentación, de una sola nave con acceso por un lateral, ábside cuadrado, arcos con tendencia a describir la forma de herradura y materiales pobres dispuestos en espina de pez o irregularmente. El descentramiento de los muros con respecto al eje longitudinal de la planta, apreciable también en los arcos que separan los dos tramos de la nave y al ábside de ésta, ofrece analogías con la capilla de San Pedro del Pla de l'Arca, cerca de La Junquera. El ábside en el que se abre una alargada saetera para iluminación del interior, presenta bóveda de cañón y motivos decorativos de dientes de sierra en la línea de impostas del arco triunfal.

Es incuestionable la semejanza en la traza y disposición de los ábsides de Boada y Canapost en un piso más elevado que la nave, así como la decoración que ambos presentan. De igual manera, la situación de la entrada en el



Iglesia de Santa Coloma de Fitor.

muro lateral sur y la propia presencia del **opus spicatum**, permite ajustar la cronología en torno a la primera mitad del siglo X.

San Esteban de Canapost reúne dos momentos constructivos distintos, con la particularidad de que la edificación románica no ha implicado la eliminación de la anterior, sino que ambas han llegado a nosotros agrupadas en un solo edificio. La parte más antigua —siglo X— corresponde a la nave del lado sur. La bóveda de cañón queda cortada antes de llegar al ábside por otra perpendicular a ésta, muy estrecha, y que se continúa en la parte baja de la torre. La especial disposición de la traza en este sector del templo hay que atribuirle, sin duda, a la casi total reforma llevada a cabo en el siglo XII. El ábside, de planta cuadrada, está concebido como un cuerpo desligado del resto de la nave,

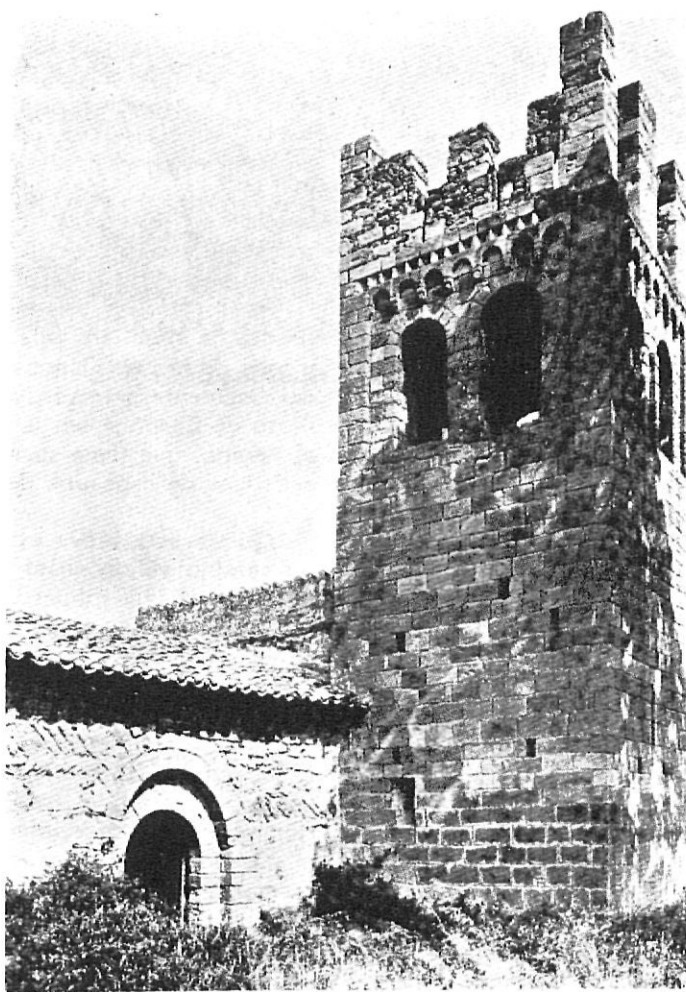
característica singular que se observa igualmente en San Julián de Boada, según queda dicho.

El primitivo acceso desde el exterior, a distinto nivel con respecto al suelo interior, se practicaba originariamente por una sencilla puerta lateral de doble arcada, la cual presenta asimismo alteraciones al no corresponderse el dovelaje de los arcos. Es probable que en un principio esta entrada estuviera presidida por un arco de herradura. A ambos lados, algunas de las piedras que componen el aparejo del muro adoptan la forma característica del **opus spicatum**.

La decoración se reduce a labores geométricas de lóbulos y rombos en forma de friso que recorre el exterior del ábside prerrománico, y

dientes de sierra y arcuaciones de la torre y ábside románicos.

Por último, San Juan de Belcaire posee importancia singular al ser un templo de planta basilical, más complejo que los anteriores. Consta de tres naves separadas por arcos de herradura levemente peraltados que descansan sobre pilares, y de un crucero acusado al exterior. A la construcción del siglo X le fue sustituida dos siglos más tarde —en plena época de aceptación de los modelos lombardos— la cabecera por la actual. En la decoración de este único ábside domina la división cuatrimpartita. Cuatro son los arquillos ciegos que se agrupan entre cada una de las fajas verticales y cuatro los nichos que, recorriendo todo el muro semicircular del ábside, se prolongan a cada uno de los lados de las naves laterales.



*Iglesia de San Esteban de Canapost.*